

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 179.—15 de Agosto de 1877.



*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES A...

F. A. de Ll.—Nuestros pobres que están acostumbrados á bendecir á V. que nunca se olvida de ellos, le dan hoy las gracias por su nueva limosna de 60 rs.

SUSCRICION

á favor de los heridos de Oriente.

Suma anterior. 1.638 (1)

Varias señoras suscriptoras, cuatro paquetes de trapos.

D.^a C. B., antigua suscritora de LA VOZ, un paquete de hilas.

RECTIFICACION.

En nuestro número anterior aparece por equivocacion, como donativo para los heridos de Oriente, hecho por doña Concepcion Arenal, una caja con vendas, hilas y cabezales, que es limosna dada por la señora doña Lucía Diaz Puguero de Escudero.

(1) En nuestro número anterior aparece equivocada esta suma, pues solo figuran recaudados 1.588 rs. debiendo ser 1.638, segun nos dicen las personas encargadas de la recaudacion, á las que suplicamos nos dispensen esta involuntaria errata.

¡PRISION PREVENTIVA!

Recordarán nuestros lectores que no há mucho nos dolíamos de que en la cárcel de Cádiz estuvieran presos hacia tres años acusados que, á probarles el delito, tendrían seis meses de reclusion: algunos, no todos, han sido puestos en libertad, aunque no definitiva, y uno de ellos en tal estado, que ha muerto á los pocos dias. ¿Qué decir? Que mientras estas cosas sucedan; mientras no parezcan execrables y sean execrados los que cometen injusticias tan crueles, y los que, pudiendo y debiendo evitarlas, las dejan repetir impunemente, aunque tengamos telégrafo y ferro-carriles, no tenemos derecho á llamarlos un pueblo civilizado. No dejamos de ser bárbaros por andar un poco más de prisa y vestir terciopelo, como no dejan de ser salvajes los de América que usan armas de fuego y beben aguardiente. Parece que traducimos los Códigos y tratados de Derecho penal como novelas, para leerlos nada más. ¿De qué sirve que progreseemos en el derecho escrito, si el hecho continúa inmóvil, inalterable, como un mónstruo petrificado?

Ya que de presos en Cádiz hablamos, vamos á complacer al Sr. Albarran, rectificando una inexactitud en que, á su parecer, incurrimos al insertar su carta. Hubimos de introducir en ella una variante que nos pareció necesaria y en nuestro concepto no alteraba el sentido; pero toda vez que el autor no lo considera así, desde luego hacemos pública su explícita declaracion de que no niega haber pertenecido á la Asociacion, por formar parte de la cual se le ha encausado y tiene preso.

CONCEPCION ARENAL

CENTRO PROTECTOR DE LA MUJER.

(CONTINUACION.)

Ese remedio, ya se ha dicho, depende muy singularmente del engrandecimiento moral, intelectual y social de la mujer, y por eso lo pido con tanto ahinco.

Si la mujer no conoce todos sus deberes y la extension de ellos, ¿cómo es posible que los cumpla? Y si no los conoce, ¿por qué pedirle imposibles? ¿Por qué no educarla, enseñarla é ilustrarla cual su bien y el bien de todos exige?

Si la mujer *buena é inteligente* es una joya inapreciable, ¿por qué no hacer todos los esfuerzos imaginables para que esas joyas abunden?

No atesorando el corazon de la mujer ningun principio fundamental ni profundo de bien y de virtud; no encerrando su cabeza ninguna idea verdaderamente grande, grave, formal y séria, ¿cómo ha de poder criar y educar debidamente á los hijos, ni asociarse á los trabajos del esposo, ni dirigir con acierto los asuntos domésticos, ni llevar con tino el espinoso gobierno de los criados, ni desempeñar sus múltiples obligaciones, ni ejercer dentro y fuera del hogar toda la benéfica influencia que le corresponde?

Por más doloroso que sea, esta es la verdad, y debe decirse.

¿Hay excepciones?

Luego es posible la regla.

Ansioso, pues, de que la educacion religiosa y moral que se dé al sexo débil, sea mucho más esmerada que la del sexo fuerte, como seria desvario pretender que su instruccion iguale á la del hombre, nada dista más de mi ánimo que pretenderlo: los destinos sociales de la mujer son diferentes de los del varon, y otros deben ser los medios para conseguirlos.

Por eso, sin pedir para la mujer conocimientos especiales ni profundos; sin querer que saliendo de su círculo invada el del hombre; sin desear que desnaturalice su carácter desviando sus fuerzas de los fines peculiares á su existencia, deseo, quiero y pido, que conocimientos generales bien dirigidos, y en armonía con los adelantos y exigencias del siglo, dén á su espíritu la aptitud necesaria para comprender al hombre, para aconsejarle y ayudarle; para que, capaz de conocer y admirar lo grande, lo bueno y lo bello en cualquier órden, no permanezca insensible ó indiferente ante un monumento glorioso ó ante una accion extraordinaria; para que, con discernimiento suficiente, pueda leer sin hastío lo mismo una obra de ciencias, que una de literatura ó de artes; para que, con sano criterio propio, distinguiendo lo sublime de lo que dista muchísimo de serlo, no prefiera *La Almoneda del Diablo* ó la zarzuela bufa *Pepe-Hillo*, por ejemplo, á una de las más grandes producciones del enten-

dimiento humano, *La vida es sueño*, del inmortal Calderon; para que, en una palabra, á la altura de sus destinos, realice todo el bien que ahora no puede realizar, todo el bien que contra su voluntad deja de cumplir.

Asignando á este máximum de instruccion su término medio y su mínimum, las circunstancias de lugar, de posicion, de persona, etc., fijarian el grado.

Menos la moral y sus derivaciones, todo en nuestra sociedad ha progresado; ¿y no es contrasentido lamentable, que en época de tan portentosos adelantos, sólo la educacion femenil permanezca estacionaria y retrograde? ¿No es extremadamente sensible, que la educacion é instruccion de la mujer se halle en el lastimoso abandono en que la vemos, cuando semilla de bendicion ó de maldicion, segun sea, forzosa é inevitablemente, el corazon y la inteligencia de los hijos es siempre el feraz campo en que crece y fructifica lo que en él siembra y cultiva la madre?

Dios, al formar al hombre y á la mujer, creó dos fuerzas inteligentes y sensibles, iguales en esencia, mas con diferencias notables, á fin de que en la igualdad por la diferencia se completasen y prestasen mútua ayuda: si Dios dijo *dos*, ¿por qué no hemos de decir *dos* nosotros? ¿Por qué tener en entredicho y en casi perpétuo secuestro buena parte de una de esas fuerzas? ¿Puede atentar, por ventura, el hombre, sin gran responsabilidad y grave pena, contra la voluntad omnipotente?

Los nuevos caracteres que el trascurso de los siglos y la civilizacion han impreso á la familia y al Estado, exigen imperiosamente que la mujer posea cierta suma de conocimientos, sin la cual, más que ayuda del hombre, es una carga y un obstáculo: no poseyendo esos conocimientos, ¿por qué no facilitárselos?

Y si no es verdaderamente responsable de sus imperfecciones, el sér moral que no es verdaderamente libre en la eleccion de los medios para sus fines, y mucho ménos el que es contrariado en sus aspiraciones, ¿por qué pedir á la mujer tan estrecha cuenta de su conducta y de sus obras, si casi todos sus defectos son consecuencia necesaria de la deplorable condicion en que se halla?

Si por hallarse empequeñecida y humillada tiene el hombre que bajar hasta ella, ¿no seria más noble, más digno, más justo y más conveniente que ella se elevase hasta él, para ser así su igual, su compañera y su ayuda, y no todo lo contrario?

Es preciso, pues, convencerse: si no estamos condenados á una muerte ciertísima; si se han de corregir los crueles males que sentimos; si nuestra regeneracion moral y social ha de operarse, por la regeneracion de la mujer ha de empezar. Nada de provecho se conseguirá, no obstante, por más que en ese sentido se trabaje, *sin que grandes asociaciones benéficas presenten su concurso poderoso*; sin que las virtudes cristianas se coloquen sobre sus respectivos tronos, sin que se conceda á la ley moral toda su influencia y todo su perdido imperio.

Aplicada la caridad á la ejecucion de esa sublime obra por medio de vastas Asociaciones de Señoras, los resultados no pueden ménos de ser infalibles y seguros; y por tanto, para que concertadas y unidas todas las Señoras utilicen los restos de su influjo en bien propio, en bien de las pobres sus hermanas, y en bien de la pátria, á ellas acudo principalmente, puesto que ellas son las principales interesadas. Los ejemplos deben partir de arriba á abajo; hoy más que nunca son necesarios esos ejemplos, y á las de arriba me dirijo para que ayuden á las de abajo.

¡Ojalá oigan mi voz amiga, y ojalá se cumplan mis votos en la medida que deseo!»

.....

«¿Es cierto que, ya por reveses de fortuna, ya por los continuos trastornos políticos de nuestra desgraciada pátria, ya por otras causas, muchas Señoras que ayer vivian en la abundancia, sufren hoy los males todos que en sí resume la miseria?

¿Es cierto que las desventuradas Señoras que á tal situacion vienen, más pobres que las de solemnidad, soportan mucho más penosamente que éstas las privaciones de la estrechez, y son doblemente dignas de compasion, por lo mismo que son doblemente desdichadas?

¿Es cierto que aun cuando muchas de esas infelices sufran con resignacion heróica su infortunio, resistiendo incorruptibles los halagos de la inmoralidad, otras, ménos fuertes ó pacientes, aturdidadas, alucinadas, desesperadas ó hambrientas, serán arrastradas por el torrente del vicio?

¿Es cierto que amparar y socorrer á esas desgraciadas de la manera delicada y digna que la caridad aconseja, seria una accion tan buena como meritoria á los ojos del Altísimo?

¿Y es cierto que cuantas Señoras, merced á su desahogada

posicion, se hallan en aptitud de prestar generosa ayuda á sus desvalidas hermanas, podrán verse mañana en la triste situacion de necesitar ser socorridas?

¿Es cierto tambien, que multitud de jóvenes honradas carecen frecuentemente hasta de lo más indispensable para la vida, por no tener trabajo, ó por tener muy poco y mal retribuido?

¿Es cierto que esas pobres jóvenes se hallan de continuo expuestas á perderse, máxime si carecen de la educacion religiosa adecuada á su condicion social?

¿Es cierto que la mayor parte de los trabajos propios de la debilidad femenina son desempeñados por varones robustísimos, privando así á innumerables mujeres de los consiguientes medios de subsistencia?

¿Es cierto que unos mismos trabajos desempeñados por la mujer ó por el hombre, se retribuyen más á éste, sin que haya ninguna razon que disculpe tan injusta diferencia?

¿Es cierto que, ya por la escandalosa desproporcion que existe entre el rédito del capital y el rédito del trabajo, ya por la punible indiferencia con que se mira á la infeliz trabajadora, ya por la invencion de las máquinas para coser, lavar, planchar, etc., y la creciente perfeccion de las mismas (1), ya, en fin, por ser infinitamente mayor la oferta de trabajos femeninos que la demanda, las desdichadas que del trabajo viven se hacen la más ruda competencia, abaratando en daño propio las labores hasta un extremo increíble? (2)

¿Es cierto que con el solo fin de comprarse algun adorno ó de satisfacer algun capricho, muchas Señoras y Señoritas de buena posicion, y ricas, han dado en trabajar para tiendas; que por lo mismo que no necesitan del trabajo para vivir y que lo toman por distraccion, cobran mezquinos precios con gravísimo perjuicio de las desdichadas á quienes el trabajo quitan, y

(1) Aplaudiendo de todas veras la invencion y creciente perfeccion de las máquinas por los bienes indubitados que producen, es preciso conceder que, hasta hoy, las destinadas á la mujer, han producido á ésta más perjuicios que ventajas. Sabemos que la culpa es de nuestra constitucion social respecto á las obreras, y no de las máquinas; pero el hecho es ese, y lo hacemos constar.

(2) ¿Saben las Señoras dignas de tan digno título y las almas generosas, que multitud de infelices jóvenes no ganan más que uno ó dos reales despues de trece y más horas de penosísimo trabajo, y eso cuando lo hay? ¡Oh! si lo supieran, ¿cómo es posible que á mal semejante no se buscasse remedio?

que esta guerra de la mujer acomodada á la infeliz obrera, guerra de la ociosidad y del lujo contra la honradez laboriosa, guerra de la vanidad y del vicio contra la desgracia y la virtud es incalificable por lo criminal é inicua?

¿Es cierto que, separados ó juntos, los males indicados son las pendientes por donde ruedan al abismo innumerables desgraciadas?

¿Es cierto que el escandaloso número de *prostitutas* y el no ménos escandaloso de *mujeres entretenidas* que Madrid cuenta, se nutre principalmente con las infelices jóvenes sobre quienes, cual plagas horribles, pesa la miseria sola, ó juntas la ignorancia y la miseria?

¿Es cierto que aunque directamente esas desventuradas sean las víctimas de tamaños males, indirecta y forzosamente lo son asimismo todas las mujeres honradas, porque en ellas, y en sus familias, y en su tranquilidad, y hasta en sus intereses produce *a fortiori* la corrupcion resulta los desastrosos?

¿Es cierto que si á esas desamparadas se proporcionaran trabajos suficientes para el sostenimiento de sus modestas exigencias y la oportuna educacion religiosa, fuertes en la virtud, muy pocas serian las que se dejasen prender en las fatales redes del vicio?

¿Y es cierto que, bien examinada, la situacion de la pobre mercenaria es horrible y espantosa?

¿Es cierto igualmente que, ineludible consecuencia de las disolventes doctrinas materialistas que cunden, y de las ideas de inmoralidad que se propalan, y de la torcida educacion que se da á los sentimientos y afectos femeninos, y de la superficial instruccion que la mujer acomodada recibe, y de la escasísima proteccion que le conceden las leyes, y del poco respeto práctico que, bajo apariencias lisonjeras, le dispensan las costumbres, y de la guerra cruel que al pudor y á la honestidad se hace, la mujer de posicion desciende rápidamente del alto rango que le corresponde, y se ve imposibilitada de llenar la difícil y delicada mision que la Providencia le confiara?

¿Y es cierto, por último, que si todos esos males se atacasen en su origen, el individuo, la familia y la sociedad mejorarian notablemente, y que se evitarian infinitos males, y que resultarian bajo todos aspectos incalculables bienes?

Sólo el que esté completamente ciego, ó el que por la total perversion del sentido moral haya perdido toda nocion de bien,

dejará de dar respuesta afirmativa á las tristísimas preguntas precedentes.

Y si combatiendo con mano dura en su raiz la desgracia, la ignorancia y miseria de la mujer pobre; si combatiendo de frente y sin descanso las causas que producen el abatimiento de la mujer acomodada, se atacarían las naturales consecuencias, ¿no sería una obra altamente caritativa, altamente humanitaria y altamente moralizadora declarar guerra á muerte á las primeras, para matar en ellas las segundas?

Pues á eso aspira el que esto escribe.

Ve que los indicados males son terribles; que sus efectos lo son tambien; que de dia en dia, por motivos diferentes, toman unos y otros aterradoras proporciones, y, horrorizado de lo que sucederá inevitablemente antes de mucho, si no se opone á aquellos enérgico correctivo, en nombre de Dios ha resuelto poner en práctica los medios que cree más oportunos al logro de tan importante objeto.

Y, decidido, este es su primer paso.

Enarbolar, pues, una bandera protectora en favor de la mujer en general; constituir grandes CENTROS de trabajos, de auxilios y de socorros para las señoras desgraciadas y para las jóvenes pobres virtuosas; fomentar la instruccion de la mujer menesterosa, y propagar la lectura de los libros buenos; levantar con dichos CENTROS otros en los cuales las señoras se asocien para ejercer la caridad, para instruirse y recrearse; reunir bajo un solo techo el trabajo honrado, la educacion y la proteccion para la mujer pobre, y la santa caridad, la sólida instruccion y el honesto esparcimiento para la acomodada y la rica; ayudar, en una palabra, al mejoramiento del sexo bello por el sexo bello mismo, como medio para mejorar la sociedad, es el noble fin que el autor de estas líneas se propone.

Pero, ¿quién es el que esto escribe?

Aunque si el *pensamiento* es bueno, bien poco debe importar la personalidad de quien lo concibió, al justo deseo de conocerle, justa satisfaccion es debida.

El que esto escribe es un Sacerdote que, defensor entusiasta de la mujer, y atento al cumplimiento de su mision de bien y de paz, deseando ser todo para todos, segun el dicho de San Pablo, ni es, ni quiere ser nada en política.

Español amantísimo de su patria y hermano de todos, de

nadie quiere ser enemigo, y ménos tratándose de españoles (1).

¿Y con qué medios cuenta para la realizacion de su proyecto?

Cuenta, ante todo, con la proteccion de Dios, que nunca abandona á los que sin miras egoistas emprenden obras de caridad verdadera; cuenta con la bondad de la bandera que levanta y con el gran pensamiento que la misma simboliza; cuenta con la aprobacion y el apoyo de respetabilísimas personas, cuenta con los caritativos sentimientos de las clases acomodadas de esta córte, jamás desmentidos cuando á ellos se recurre para emprender grandes obras, para enjugar lágrimas, para curar heridas, para remediar necesidades; cuenta con la generosidad habitual de la clase noble y rica, cuya eficaz cooperacion buscará; cuenta con el sentimiento de los buenos corazones; cuenta con el recto sentir de las señoras y de todas las personas verdaderamente buenas y santas; y cuenta en fin, con lo necesario para el planteamiento de la idea, y con su voluntad decidida, y con su inquebrantable fé, y con la resuelta energía de su carácter.

¿Conseguirá con esto su propósito?

Si imperceptible copo de nieve, de alta cumbre desprendido, forma en su caida descomunal avalancha; si leve chispa que en monton de combustible prende, produce devorador incendio; si microscópico grano de mostaza, sembrado convenientemente, es origen de un árbol gigantesco; existiendo formidables y amenazadores los predichos males, y no faltando para combatirlos más que la aplicacion de los medios, ¿no podrá suceder que, así como el copo de nieve, y la débil chispa, y el diminuto grano de mostaza son principios de fenómenos portentosos, este humilde escrito lo sea de una obra, cuya magnitud corresponda á la de los gravísimos males que imperiosamente la reclaman?»

Ya han oido nuestros lectores esta voz elocuente y conmovida, ya han visto esta voluntad recta y esta inteligencia clara que descubre la raiz del mal, donde está, en la inmoralidad. En nuestro próximo número procuraremos dar alguna idea de los medios que el Sr. de la T. propone para la ejecucion de su generoso pensamiento.

Gijon 24 de Junio de 1877.

CONCEPCION ARENAL.

(1) Redactada é impresa esta parte del Proyecto en 1873, al reproducirla hoy algo ampliada, no he querido omitir las manifestaciones que entonces exigian las circunstancias.

REAL ACADEMIA

DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

Programa de un concurso extraordinario que abre esta real academia á ruego del Excmo. Sr. D. Luis Retortillo Imbrechts, Marqués de Retortillo, para premiar una Memoria sobre el tema siguiente:

«Exposicion y determinacion de las reformas y mejoras que convenga introducir en la organizacion y régimen de todos los servicios en los Hospitales, Inclusa, Colegio de la Paz, Casa de Maternidad, Hospicio y Colegio de Desamparados de Madrid.»

En este concurso se observarán las reglas siguientes:

1.^a El autor de la Memoria que resulte premiada, obtendrá de la Academia en junta pública una medalla de bronce y un diploma, y del Sr. Marques de Retortillo 1.500 pesetas en dinero, equivalentes al resguardo de depósito voluntario transmisible, constituido en el Banco de España con fecha 11 de Mayo último, núm. 32.285, y remitido por dicho señor á la Tesorería de esta Corporacion.

2.^a La Academia podrá tambien conceder al autor el título de Académico correspondiente, si hallare en esta Memoria mérito extraordinario.

3.^a El autor conservará la propiedad literaria de su Memoria, reservándose la Academia la facultad de acordar, respecto á la impresion de una edicion especial, lo que estimare conveniente.

4.^a Examinadas las Memorias y juzgadas segun su mérito absoluto y relativo, participará la Academia al Sr. Marqués de Retortillo su acuerdo, remitiéndole la premiada, si la hubiere, con expresion del nombre de su autor, á fin de que reciba de su mano la suma ofrecida en dinero.

5.^a Una copia de la que obtenga el premio quedará archivada en la Secretaría de la Academia.

6.^a Si ninguna de las Memorias presentadas tuviere mérito suficiente para obtener el premio, lo declarará así la Academia y acordará lo que juzgue oportuno.

7.^a Las Memorias que hayan de optar á este premio se seña-

larán con un lema y se remitirán al Secretario de la Academia antes del 15 de Enero de 1878, en cuyo día se cerrará el curso.

8.^a Cada autor remitirá un pliego cerrado, señalado en la cubierta con el mismo lema de la Memoria respectiva, y que en la parte interior contenga la firma y expresion de su residencia.

9.^a Declarado el premio á la Memoria que lo mereciere, se abrirá en sesion ordinaria de la Academia el pliego cerrado á que corresponda, inutilizándose los demás en la junta general en que se haga la solemne adjudicacion.

10. A los autores que no llenen las condiciones expresadas, que en el pliego cerrado pongan nombre distinto del suyo, contraseña que no lo contenga ó quebrante el anónimo, no se les dará premio; y la Academia acordará publicar ó no las obras presentadas sin estas formalidades como propiedad del Cuerpo.

11. Los Académicos de número no pueden aspirar al premio.

Madrid 13 de Julio de 1877.—El Secretario interino, Fernando Alvarez.

La Academia se halla establecida en la Casa de los Lujanes, plaza de la Villa, número 2, cuarto principal.

LA PRIMERA LIMOSNA DE MARGARITA.

(CONTINUACION.)

—Mi hija está muy buena; os doy gracias por el interés que os inspira su salud,—le interrumpió con viveza el dueño del castillo de Montigny.—¿Habeis pedido una licencia?—añadió en seguida.—¿Vais á permanecer mucho tiempo en Francia? ¿Qué habeis hecho desde que fuisteis á Argelia? Contadme algo de vuestras aventuras.

A medida que Mr. Emmerich hablaba, Alberto sentia angustiársele el corazon; pues comprendia muy bien que se trataba de romper sus relaciones, y que las tentativas que iba á hacer para alcanzar su felicidad, serian inútiles. Probó, no obstante, á emprender la lucha.

—Permitidme, primo mio, que os hable primero de mis más

queridas esperanzas y que os hable con franqueza y sin rodeos; estoy demasiado conmovido para medir mis palabras y para valerme de perífrasis. Hace seis años, cuando nos separamos, las últimas palabras que Mdme. Emmerich me dirigió, fueron estas: «Considera á Margarita ya como tu prometida, y vuelve cuando seas capitán; te esperaremos, y rogaremos constantemente á Dios que te proteja.»

Mr. Emmerich bajó la cabeza y palideció.

—Mi querido Alberto,—replicó con voz lenta y poco segura,—es muy cierto que habíamos resuelto en otro tiempo que os casárais con Margarita. Sobre todo, mi mujer deseaba este matrimonio..... Pero despues de tantos años....

—¿Qué quiere decir despues de tantos años?—murmuró el joven.—¡Ah! ¿no fuisteis vos quien fijó el plazo y quien impuso las condiciones? Yo he cumplido mi compromiso. Para poder poseer á Margarita, he trabajado sin descanso, he sufrido las más duras privaciones, y he expuesto mi vida. Hubiera podido no salir de Francia, y estar tranquilamente de guarnicion en algun punto de ella, pero queria adelantar y adelantar á toda costa; hubiera servido largos años como Jacob para merecer á su virtuosa Raquel; ahora, pues, vengo en busca del cumplimiento de vuestra promesa, y á deciros resueltamente: ¿me creéis digno de ser vuestro hijo?

Mr. Emmerich no respondió, se levantó, y aproximándose á una ventana que estaba abierta, apoyó su frente contra las varillas de las persianas, miró al jardin, y gritó á su vieja criada con voz trémula de impaciencia: ¡Brígida! ¡Brígida! cuida de que la cabra no se coma los brotes de mis ingertos.

Quedóse aun algunos minutos en la misma posicion, y despues se volvió hácia el oficial que lo miraba con un aire estupefacto é indignado.—Mi querido Alberto, siempre os he querido mucho y me causa gran disgusto y sentimiento tener que faltar á mi promesa, pero circunstancias que no podia preveer han hecho imposible este matrimonio.

—¿Circunstancias imprevistas? ¿Qué significa esa frase tan vaga? Decídmelo en nombre de lo más sagrado,—exclamó el joven.

Mr. Emmerich sacudió la cabeza.

—¡Qué! ¿ni aún quereis decirme, caballero, por qué se han desvanecido las esperanzas que he acariciado durante seis años?

—Capitan,—replicó gravemente Mr. Emmerich,—si habeis acariciado una esperanza quimérica, no echéis la culpa á nadie; yo os he suplicado muchas veces que olvidárais vuestros antiguos proyectos.

—Es cierto, pero yo creía que me escribiais esto porque Margarita iba a cumplir veinte y tres años, y aun se podían pasar muchos sin que yo llegase á ser capitan; pero nunca me habeis dicho, como ahora, que nuestro matrimonio era imposible absolutamente.

—Teneis razon; pero entonces no estaba yo todavía seguro... las circunstancias eran diferentes...

—¡Las circunstancias!—dijo Alberto,—esto es lo que más me angustia; yo creo que estaria ménos desolado si supiera los motivos en que se fundan esos obstáculos de que me hablais.

—No, no, de seguro no seria un consuelo para vos; al contrario, os aumentarían la pena; básteos saber que son invencibles.

—¡Gran Dios!—exclamó Alberto palideciendo.—¿Será que se ha casado Margarita?

Mr. Emmerich se sonrió involuntariamente.

—Juzgais,—dijo,—que mi hija es la heroina de una novela inglesa? Margarita se halla libre, pero á pesar de eso, debeis renunciar á ella. Es muy duro para mí tener que hablaros así, y os suplico que me ahorreis pesar, abandonando una insistencia inútil. Estad seguro, por otra parte, que os consideraremos siempre como el mejor y más querido de nuestros amigos.

—Gracias por tanto favor,—replicó Alberto con amargura,—se dice de público que habeis roto con todas vuestras antiguas relaciones, y os agradezco la excepcion que de mí haceis al no cerrarme las puertas de vuestra casa.

—Ciertamente, capitan, que las hallareis francas siempre que os plazca venir á vernos,—dijo Mr. Emmerich con cierta turbacion,—pero en la situacion en que nos vamos á encontrar, será mejor que no nos visitemos, hasta que...

Herido en lo más profundo del corazon, Albertó le respondió:—Basta, os comprendo y no volveré más á importuna-

ros. Pero antes de alejarme, desearia—y no os ofenda esta otra peticion—que la misma Margarita pronunciase la sentencia.

—Desconfiais de mí,—replicó tranquilamente Mr. Emmerich:—haceis mal; pues mi hija tiene la misma manera de ver, sin que yo haya tenido parte en su decision; ella os lo dirá; seguidme.

Dicho esto abrió la puerta de la biblioteca, hizo atravesar al jóven el sombrío vestíbulo, y lo condujo á un jardin en que Margarita, bajo el cenador formado por una parra, se hallaba bordando. El jardin estaba en armonía con el resto de la mansion; era melancólico, viejo, silencioso, y los árboles de hoja perenne presentaban un aspecto de triste verdor. Las calles estrechas aparecian limitadas por hayas de boj, las paredes tapiadas de hiedra, y las platabandas con tejos que les daban sombra. Algunas estátuas rotas y vasos de piedra con musgos verdosos, en donde se recogia el agua llovediza, constituian los adornos bien adecuados por cierto de este lugar. Por lo demás, el parterre era objeto de cuidados especiales; y el sitio en que se cultivaban las verduras estaba bien elegido. La señorita Emmerich trabajaba con tal atencion, que no reparó en los dos hombres que se le acercaban; y cuando al fin levantó la cabeza y reconoció á su primo, se estremeció, y sus manos temblorosas dejaron escapar su tapicería, que cayó sobre el césped. Alberto se adelantó, cogió el cañamazo y se lo dió á la jóven, dirigiéndole una mirada llena de tristeza y de reconvencion.

—Margarita,—le dijo, poniendo en sus palabras todo su corazon;—Margarita, os vuelvo á ver al fin, y ahora que estamos reunidos me pregunto si hay nada en el mundo que pueda separarnos.

Margarita enrojecia y palidecía alternativamente; mas poco á poco recobró su serenidad, y con voz tranquila respondió:

—No, no, primo mio, nada podria romper nuestra buena amistad; muchos lazos han unido vuestra familia á la mia... Hemos pensado mucho en vos durante la ausencia; y vuestro regreso, añadió, nos dá mucha alegría.

Estas palabras tan afectuosas, deberian haber reanimado las esperanzas de Alberto; mas á pesar de ellas su corazon se hallaba cada vez más angustiado. Trató de responder y bal-

buceó solo algunas frases. Mr. Emmerich le ofreció una silla rústica y se sentó él mismo junto á su hija. Esta tenia bajo los ojos y enrollado maquinalmente su cañamazo, en medio del que se apercibía una pequeña mancha verde. Sin duda al cogerlo Alberto lo habia apoyado sobre la yerba húmeda, ó sobre alguna planta lechosa. Comenzó entre los tres una conversacion frecuentemente interrumpida, y como sus imagines estaban ocupadas por un mismo pensamiento, hallaban dificultad en hablar de cosas indiferentes y en ocultar la emocion que les embargaba, y de que no podian prescindir. Al cabo de un momento, Mr. Emmerich se levantó, aproximóse á un melonar y se puso á podar sus melones de Florencia. Margarita volvió á su casa y trazó sobre el cañamazo brillantes arabescos. Su tapicería era una obra de arte. Representaba un paisaje en que se descubria un cuadro con un lienzo de pared, al que se hallaba suspendido. Habia en él un lago azul, una isla verde, cisnes blancos y flores de todos colores. El cuadro imitaba el roble esculpido y el color de la pared al *cuero de Córdoba*. Margarita ejecutaba todo esto sin tener modelos que copiar: así es que no se veian sobre el cañamazo ni dibujos ni puntos de adorno, y á pesar de esto, la mano de la jóven iba sin vacilar, desde los pétalos de la rosa al ala blanca de los cisnes, y del pálido azul del lago á los colores sombríos del cuadro.

El oficial la contemplaba en silencio y trataba de adivinar ó leer su pensamiento.

—Margarita, le dijo al fin, acabo de tener con Mr. Emmerich una conferencia que me ha destrozado el corazon. Se opone á nuestro matrimonio, á despecho de su palabra empeñada hace cuatro años, y quiere que seamos extraños el uno para el otro. Antes de separarme de vos para siempre, desearia saber si sois de la misma opinion que vuestro padre, y si libre y voluntariamente, sin dejaros llevar de ninguna influencia extraña, tendríais el tristísimo valor de romper este compromiso que bendijo vuestra madre al morir.

Llenáronse de lágrimas los ojos de la jóven, que no esperaba le trajesen tan bruscamente á la memoria el recuerdo de su madre.

—Cuán cruel sois, Mr. de Vandelaus,—respondió la jóven,—

y hasta injusto, porque mi padre no os ha dicho que se oponía á nuestro casamiento, sino que circunstancias ajenas á su voluntad hacian imposible este enlace.

—Es cierto,—dijo con ironía Alberto,—que Mr. Emmerich me ha hablado de circunstancias... y me disgusta en extremo oiros pronunciar esta palabra. Expliquémonos con más claridad, si es que lo teneis por conveniente, y permitidme que os dirija esta pregunta: ¿es vuestro padre quien os ha aconsejado que os retraigais de vuestras promesas?

—No, no, primo mio, nadie me ha dado consejo sobre este particular; yo soy quien de mi propia espontaneidad os suplico que os olvidéis de unos proyectos que no pueden cumplirse.

—¡Ah, Margarita! De seguro que no hablaríais así si viviese vuestra madre.

La jóven levantó al cielo los ojos y sacudió la cabeza.

—Estoy bien segura,—añadió,—que mi madre aprueba mi conducta desde el cielo y me bendice.

—Pues yo lo dudo,—replicó secamente Alberto.—De cualquiera manera que esto sea, deberíais ponerme en el caso de poder juzgar yo mismo la cuestion, y saber por qué lo que era posible y conveniente hace seis años, no lo es ya hoy. Decídmelo, mi querida Margarita; sed franca conmigo al fin.

—No,—respondió ella con tono resuelto;—no, yo no os lo diré, porque sería atormentaros y acaso causaros un daño irreparable.

Él hizo un gesto de impaciencia.

—Hablais por enigmas,—exclamó encolerizado,—y en todo esto no hay más que una cosa bien clara, y es que yo he cumplido mi palabra y vosotros faltais á la vuestra, si es que esta decision es irrevocable.

—Lo es, primo mio,—replicó Margarita con su voz dulce y resuelta.

Alberto se levantó bruscamente.

—¿Conque no me queda ya otro recurso que someterme á vuestra voluntad?—dijo con una irritacion mal encubierta.

(Se continuará.)